

CAPITULO IX

SISTEMA JUDAICO.—Cuadro brillante de La Fuente.—Lástima de pere-zoso!—Noticias judaicas del mismo.—Espigas de la *France juive*.—Sintesis de una raza y filosofías.—Otras espigas del campo del P. Deschamps y Janet.—La famosa carta de Simonini con comentarios.—Sistema de los grados de Tirado.—Puntos y comas á la exposición de Tirado.—Entre paréntesis un réspice á León Texil.—Un drama soberbio en cuatro actos ó jornadas.—Los más y los menos del sistema tiradense.—Sistema complejo del P. Heurclmans.—Su examen.—Una autoridad notable: una prueba apuntada por varios.—Prueba histórica invencible á la luz de la filosofía cristiana y con el apoyo de todas las pruebas auxiliares.—Se fija la época del antiguo origen masónico.

Muy de pensado reservamos para el último lugar esta nueva opinión acerca del origen de la masonería. Bien la podemos llamar nueva, puesto que de pocos años á esta fecha ha salido á camppear. Algún indicio de ella se vislumbra en el tomo II de la grande obra del P. Barruel, y toma algún cuerpo la idea con la interesante carta dirigida al autor por aquel Simonini, de cuya *probidad* y *veracidad* el Papa, por conducto de su Secretario, hablaba con estimación á dicho P. Barruel.

De intento, repetimos, hemos diferido esta discusión hasta ahora; porque si los numerosos datos y razones de aquí y de allá recojidos, no llegan tal vez á constituir una prueba victo-

riosa, nos servirán admirablemente para robustecer más los raciocinios y consideraciones históricas con que hemos demostrado la persistencia y continuidad de la secta desde Manes hasta nuestros días. A este respecto téngase en debida cuenta, nótese con particular cuidado y pésele en todo su justo valor esta explicación, para añadirla á las muchas que llevamos dadas, porque es de importancia suma.

Entremos ya en materia.

El que con más desenfado sienta la tésis del origen judaico y con mayor brevedad y gallardía expone sus fundamentos generales, es Vicente de la Fuente; y como el hermoso cuadro que traza no es largo, y extractado perdería mucho de su gracia, lo vamos á dar íntegro á pesar de las sombras que lo oscurecen:

“Desde el siglo I de la Iglesia, dice, existe una sociedad maldita con la execración de Dios, semejante á Satanás en su caída, en la privación de sus antiguas preeminencias, en el destierro perpetuo de su patria, en el deseo de venganza, en el odio encubierto á todo principio de autoridad legítima, en aborrecer á todos y ser de todos aborrecida. Esa sociedad proscrita en todas partes, y que en todas partes se halla sin patria; que varias veces ha querido constituir nacionalidad y nunca lo ha logrado; que en tal concepto desprecia las ideas de nacionalidad y de patria, sustituyéndolas con un frío y escéptico cosmopolitismo, esa tiene la clave de la francmasonería. El calendario, los ritos, los mitos, las denominaciones de varios objetos suyos, todos son tomados precisamente de esa sociedad proscrita: *el judaismo*.

“Pero ¿cómo han de confesar los francmasones que su origen es judaico, y que por espacio de mucho tiempo han sido unos dóciles instrumentos de los judíos, á quienes parecían avasallar? Esto los rebajaría en el concepto público. . . .

“Ese principio de odio, de venganza, subversión de todo principio de autoridad legítima, misterio impenetrable, sensualidad encubierta, superstición, hipocresía, encono rabioso contra el cristianismo, ritos sanguinarios, apego á vanas fórmulas y ridículas exterioridades, el francmasón necesita inventarlos y remedarlos; pero el judío los tiene como ingénitos, los siente desde que nace y no puede menos de tenerlos en su situación abyecta, despreciada y de proscripción. A la luz de estas verdades innegables se aclara todo lo obscuro y desaparecen los orígenes misteriosos. La francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos, hija del estado en que vivían, creada por ellos para reconocerse, apoyarse y entenderse sin ser sorprendidos en sus secretos, buscarse auxiliares poderosos en todos los países, atraer á sí á todos los descontentos políticos, proteger á todos los enemigos del cristianismo, incorporarse á todos sus renegados, halagar las pasiones de los poderosos para sojuzgarlos por medio de sus mismos vicios, cobijándose luego bajo el manto de esos ilustres afiliados para eludir la ley y la justicia, proporcionándoles para sus vicios dinero que no podían devolverles, y que los aprisionaban á ellos con aquellas cadenas, hijas de sus propios extravíos, y hablando de libertad, instrucción y beneficencia, para encubrir sus verdaderos fines.

“Claro está que la masonería ha mudado de carácter de un siglo á esta parte, y prescindido de los israelitas. En su genio altamente revolucionario, las sectas derivadas de aquella, como la Internacional, prescinden de la francmasonería, y aun se burlan de esta, como esta desprecia á los israelitas, lo que no impide que estos sean en todas partes sus más poderosos auxiliares. Es público que todos los periódicos más revolucionarios é impíos de Europa están comprados por los judíos, ó re-

ciben subvenciones de ellos y de sus poderosos banqueros, los cuales á la vez son francmasones.

“Por lo que hace á las logias, sucede lo mismo. Cuando han reñido sus adeptos, cuando todos se van cansando de sus far-sas y charlatanismo, el judío no se cansa, el judío no consiente que *se abatan las columnas*, y sigue asistiendo á la casi desierta logia.—¿Sois muchos en la logia? preguntaba Napoleón III á sus hermanos de Argel, al recibir la comisión que pasó á complimentarle con fraternal cortesía.—No por cierto, respondieron ellos: ¡solamente hemos quedado los israelitas!”

Vamos marcando ahora los no escasos lunares de este valiente discurso.

Primeramente ¿dónde prueba D. Vicente que los ritos masonicos son judaicos? Sin que lo neguemos, era caso de manifestarlo.

En segundo lugar ¿quién le dijo á nuestro incomparable historiador, alias *doctor resolutó*, que bien merece este apodo por el tono magistral que usa de vicio, quién le dijo, que los francmasones necesitaban *inventar* todas aquellas cosas, si otros se las daban hechas, los maniqueos, por ejemplo? ¿Y quién fué á divertirse con el pobre enjaretándole los cuentos de que la masonería *ha mudado de carácter* de un siglo á esta parte, de que la masonería *prescinde de los israelitas*, de que *los desprecia*, de que *las sectas derivadas*, como la *Internacional*, justamente la Internacional fundada y dirigida por judíos, *prescinden y se burlan de la masonería*? Respecto de lo último, otra cosa nos enseña León XIII, cuando observa, que las demás sectas *de la masonería salen y á la masonería vuelven*. Pero ¿quién le mintió tales noticias tan contrarias á lo que todos sabemos y palpamos diariamente? ¿hoy, cuando el judaismo está más prepotente y descollado que nunca?

Y es que nuestro D. Vicente hablaba mucho de cabeza, poniendo por sello y garante de sus magistrales sentencias el gentil desembarazo con que las profería. Este defecto lo acentuaba más al tratar de masonería, porque no veía en ella más que puro saneite, á pesar de que lo opuesto nos está predicando el Sumo Pontífice; y estoy cierto como si lo hubiera visto, que sin embargo de haber anunciado su historia con el rumboso título que conocemos, él á sus solas se reía del camelo del siglo que estaba dando á sus lectores con la pobreza y superficialidad de las noticias y la falta absoluta de sistema fijo, motivadas parte por aquel su miserable concepto de la secta, parte por la inconstancia de sus ideas, mucho por la pereza de investigar y ahondar en sus exploraciones y algo por otra dolencia crónica de su espíritu, el miedo de extralimitarse en hablar. De aquí que la historia completa é íntima de la masonería en España esté por hacer, pues también es pobre la de D. Mariano Tirado.

Con todo fuera injusticia negar á La Fuente buen golpe de vista y pulso firme para dar con breves rasgos la recapitulación de todas las razones fundamentales, en que puede basarse la defensa del origen judaico: calendario, ritos, alegorías, denominaciones; naturaleza y particularidades del carácter judío, situación, circunstancias, proceder usuales, costumbres, pasiones, vicios, fines y esperanzas de ese pueblo, todo se halla sobria y enérgicamente compendiado. No es de extrañar que en ese alarde de fuerzas ó probanzas, el autor, lleno de confianza, prorumpa en involuntarias exclamaciones, que denotan lo firme y arraigado de una convicción: esa raza "tiene la clave de la francmasonería;" con esto "se aclara todo lo obscuro y desaparecen los orígenes misteriosos;" "la francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos." A pesar de aquellas pifias ó desafinaciones en que sorprendimos al au-

tor, ¿quién al leer estas frases y reparar en el sentido enfático del pasaje íntegro, no se goza de antemano con la perspectiva de un plan fijo, sabiamente combinado y ricamente desenvuelto? Quien acariciara tal ilusión, no contaría con la huésped, es decir, con La Fuente, el informal de siempre. El cual después de referirnos varias atrocidades de los judíos perpetradas en épocas muy distantes entre sí, de improviso los hace desaparecer de la escena española como figurantes de tres al cuatro. Y el plan se desvaneció, y nuestras ilusiones lo mismo. Así es el hombre: propone, se olvida, no prueba y se va por otro camino ejerciendo de maestro y de gracioso.

De todos modos, para agregarlos á la cuenta general que hemos de llevar á los semitas deicidas, es preciso marcar sumariamente sus proezas conmemoradas por La Fuente.

En el siglo III el Concilio de Ilíberis prohíbe las supersticiones fomentadas por los judíos entre los cristianos. Se organizaron después en sociedad secreta, hasta que Sisebuto los obligó á rebautizarse ó expatriarse, y no mejorando con el tiempo, Chintila se vió precisado á volverlos á expulsar.

Sublevados los narbonenses contra Wamba, encuéntrase al punto á los israelitas al lado de los rebeldes. Procura Egica honrarlos y favorecerlos, y en agradecimiento al año siguiente faltan desleales á todos sus juramentos, burlándose de la credulidad de sus favorecedores, y conspiran para alzarse con el país y la corona. Hecho que no se explica, nota muy bien La Fuente, sin una organización secreta, misteriosa y pujante.

Witiza por contrariar el sentimiento católico, llegó á colocarlos en dignidades y cargos de jurisdicción. No hicieron esperar su pago largo tiempo; por cuanto hicieron estallar en el reinado de D. Rodrigo la conspiración tramada en tiempo de Egica, y aun quizá abortada en tiempo de Chintila. Unidos los

judíos de España con los judíos de Africa, vendieron á los musulmanes la independencia de la patria, combatiendo bajo las banderas enemigas, entregando á los invasores las ciudades más importantes, sin exceptuar la de Toledo, capital de la monarquía, poblando al par de los árabes en varios lugares y aun pretendiendo formar una monarquía independiente en la parte del Pirineo.

Su comportamiento entre los musulmanes fué tal, según las crónicas árabes, que llegaron á ser más aborrecidos de ellos que de los cristianos mismos.

Aquí el historiador da un grande salto hasta el siglo XV, sin habernos dicho una palabra de las relaciones que probablemente los judíos de España mantuvieron con los nuevos maniqueos en los siglos XI y XII, á imitación de los de Francia en el mediodía de este país. Eso sí nos cuenta lindes de nuestra gente en aquel siglo, y lo mejor de todo, que sus relatos proceden de buenas fuentes, verídicos por lo tanto.

Nos pinta á los judíos unidos en sociedad tenebrosa, con los tres caracteres principales de secreto jurado hasta la muerte, hipocresía la más maliciosa, y rencor inextinguible contra los cristianos con sed insaciable de su sangre y espíritu de venganza: item más, fanáticos, incrédulos, hechiceros, asesinos salvajes y en correspondencia continua con sus correligionarios de toda Europa y de Levante. Eran abogados, jueces, oidores de las chancillerías, doctores de universidades, consejeros de la Corona, sus banqueros, recaudadores de tributos; véselos en fin, dice La Fuente, "apoderados de los tribunales y cargos públicos en Aragón y Castilla, dueños, por tanto, de la administración de justicia y de la administración económica, encubriendo los crímenes de sus correligionarios y aumentando sus fortunas á expensas del pueblo y del tesoro."

Entre sus innumerables crímenes de este período, además de horribles profanaciones bien comprobadas á satisfacción de la crítica más exigente, se cuentan varios asesinatos muy sonados, y más que todos, indubitables é invenciblemente confirmados contra el escepticismo y la impiedad más tramposa é impudente, el martirio de S. Pedro de Arbués, acaecido en 1485, y el del Santo Niño de la Guardia, en 1492.

Los Reyes Católicos, de memoria imperecedera, escuchando la voz de la razón, de la justicia y del bien procomunal, y cediendo á las reiteradas instancias de todas las clases y al general clamor de sus pueblos, expulsaron por fin de sus reinos á aquellos grandes malhechores de la cristiandad y traidores jurados de la patria, imitando en esto los ejemplos antiguos de los soberanos de Inglaterra, Francia y de otras naciones.

Resumen de lo anterior en lo que dice relación á nuestro objeto conocido.

Partidas de cargo á la cuenta de los judíos rápidamente apuntadas por La Fuente:

Carácter general.—Sociedad secreta y cosmopolita organizada.

Carácter religioso.—Incredulidad--fanatismo antireligioso--odio á Cristo (crucifixión de cristianos, etc.)—espíritu de venganza contra los cristianos—alianza con infieles—superstición.

Fines.—Destrucción del nombre cristiano--dominación universal.

Medios y procedimientos.—Hipocresía--simulación--perjurio—todos los medios lícitos—auxilio mutuo y exclusivo—favor de poderosos—sistema de corrupción—acción política—traición á la patria—conspiración permanente.

Esto es secta; esto es masonería.—De secta lo tiene todo: corporación numerosa y organizada con fines y medios deter-

minados; su molde, su ley y código religioso, moral, político y social es el Talmud.

Una especie de tantas como suelta La Fuente, sin volver á acordarse de ellas después:

“Los judíos fueron expulsados de Francia pocos años después de la extinción de los templarios, de quienes algunos los suponen cómplices.”

En resumidas cuentas La Fuente indica y enumera los argumentos principales en que puede apoyarse el origen judaico de la masonería; pero ni los desarrolla, ni los unifica, ni los sostiene: huesos sin músculos ni carne [1].

Los que intentan una verdadera demostración de la misma teoría, bien que por caminos diversos, son D. Mariano Tirado y Rojas, masón convertido, y el P. Heurclmans, de la Compañía de Jesús. Examinaremos sus pruebas.

Prepararemos esta discusión formal con multitud de antecedentes recojidos de Mr. Drumont en su *France juive*, del P. Deschamps y de Mr. Claudio Janet.

Del primero aprovechamos las observaciones acerca del carácter y costumbres de los judíos, noticias y apreciaciones históricas.

Conocido es de todo el mundo el estrecho espíritu de cuerpo, ó solidaridad, como ha dado en decirse, de los judíos. Esta es su fuerza: todos los judíos son solidarios unos de otros, conforme lo proclama la *Alianza israelita*, que ha tomado por emblema de su publicación dos manos que se traban y estrechan bajo una aureola: cualquier desventura que le pasa á un judío en el último rincón del desierto, toma luego las proporciones de un acontecimiento.

(1) *Historia de las sociedades secretas* etc. C. I. párrafos 1, 3, 9.

El judío por necesidad es cosmopolita. Claro está: la primera condición para adoptar otra patria es renunciar á la propia. Pero el judío no renuncia jamás á la suya, que es Jerusalén, la santa y misteriosa ciudad. Jerusalén, triunfante ó perseguida, triste ó gozosa, sirve de lazo de unión entre todos sus hijos, quienes todos los años en su gran fiesta de *Rosch Haschana*, se animan recíprocamente con esta palabra: “¡El año entrante á Jerusalén!” Para ellos ningún otro país es patria.

Otro rasgo muy peculiar del judío es la profunda creencia de su superioridad sobre todos los pueblos y todas las razas de la tierra, sea la *arrogantia Judæorum*, insolente é insoportable á la verdad, de que habla Drumont, sea extraño presentimiento de su futuro destino anunciado por San Pablo. De aquí el pensamiento de la dominación universal y la invención de todos los medios á este fin supremo conducentes, *cualesquiera que sean*. Es digno de excitar la más seria atención de los pensadores ese sentimiento de la raza maldita, exaltado en la actualidad por el desvanecimiento de las riquezas hasta el grado de una verdadera demencia colectiva, extraviado por la ceguera de la infidelidad y la degradación más innoble.

Paralelo al anterior y fiel herencia de sus padres, el judío presenta el otro rasgo de odio infernal á Jesucristo y al nombre cristiano. De *infel* trata al cristiano, y con el Talmud todos los días repite:

“Hay precepto de matar al *infel* que más valga.

“La palabra empeñada á un *infel* no obliga.

“Cada día en sus plegarias los judíos deben por tres veces echar maldiciones contra los ministros de la Iglesia, contra los reyes y contra todos los enemigos de Israel.”

A esas condiciones de la infame raza añádase su tenacidad en los propósitos; su paciencia para esperar el logro á prueba de todos los desprecios, ultrajes, penalidades y tormentos; su

espíritu abyecto; su propensión al crimen y á la prostitución; su innata doblez y sangre fría, y se tendrá la materia más apta para franquemasones de uno y otro sexo. Otra bella cualidad del judío se nos pasaba por alto, su afición constante á toda clase de supersticiones.

Un judío envenena á Carlos el Calvo, de Francia: un judío envenena á Enrique III, de Castilla: un judío propone en 1477 al Consejo de los Diez de Venecia el envenenamiento de Mahometo II: el judío Goldsmith sirve de espía á Talleyrand en Inglaterra durante el primer imperio francés; el judío Michel es guillotinado por haber entregado á Rusia documentos militares; otro Goldsmith escamotea, hace poco, los planos del Estado mayor prusiano etc.; los judíos hacen traición á los Cruzados; los judíos de la Edad media están en continua inteligencia con los sarracenos y les entregan las ciudades de Beziers, Narbona y Tolosa.

Los reyes de Francia se ven repetidas veces obligados á expulsarlos.

Los templarios en tiempo de las Cruzadas eran los banqueros de los reyes y señores, pero hacían el juego á los judíos, que se servían de ellos como testafierros, dice Drumont.

La rapidez del golpe, afirma el mismo autor, con que Felipe el Hermoso arrestó en un mismo día á todos los templarios, salvó á la cristiandad del semitismo, al modo igual que seis siglos antes Carlos Martel la había salvado en Poitiers del mismo azote.

Conocida es la influencia maléfica de las escuelas judías en las creencias, costumbres y revoluciones de la Edad Media.

De alta significación son los pasajes siguientes que Drumont transcribe de Michelet.

“El elemento semítico, judío y árabe, dice Michelet, estaba pujante en el Langüedoc: Narbona había sido por mucho tiem-

po la capital de los sarracenos en Francia. Innumerables eran los judíos: maltratados, pero tolerados, florecían en Carcasona, Montpellier y Nimes, y sus rabinos tenían escuelas públicas, poniendo en relación á cristianos con musulmanes, á Francia con España. Las ciencias aplicables á las necesidades materiales, la medicina y las matemáticas eran cursadas á la vez por individuos de las tres religiones. Más relacionada estaba Montpellier con Salerno y Córdoba, que con Roma. Después de las Cruzadas, el alto Langüedoc sobre todo parecía haberse inclinado al Mediterráneo y vuelto la cara hacia el Oriente.”

Aquel terrible levantamiento de los albigenses, acaeció en el mediodía de Francia y que puso en grave conflicto á la cristiandad, Drumont lo imputa, si no en un todo, en grandísima parte á los judíos, y apoya su sentir en palabras de Michelet, el cual se expresa así:

“Los judíos, imagen viva del Oriente en el centro del cristianismo, parece que solo estaban allí para fomentar el odio á la religión. En los días de azotes de la naturaleza ó de catástrofes políticas, ellos se ponían, según se decía, en correspondencia con los infieles, y los llamaban.”

Y el mismo autor señala el estado de perversión á que los judíos habían conducido aquellas comarcas y carga á su responsabilidad los horrores cometidos.

“La nobleza del mediodía, prosigue, que se distinguía poco de la clase media, se componía por entero de hijos de judíos y de sarracenos, gente culta muy distinta de los ignorantes y piadosos caballeros del norte, y contaba por suyos y mostraba afecto á los montañeses. Estos pecheros lo mismo maltrataban á los sacerdotes que á los campesinos, de las ropas sagradas hacían vestidos para sus mujeres, golpeaban á los clérigos y les hacían cantar la misa por escarnio. Una de sus diversiones era también ensuciar, hacer pedazos las imágenes